

Capítulo 26: Obligaciones

Mientras caminaban por la nieve la cabeza de Voiz seguía llena de preguntas. Preguntas que no se atrevía a formular, pero de cuyas respuestas no podía escapar. ¿Qué preguntarle a un hombre que ha vivido siempre? ¿Por dónde empezar? Podría ser que lo normal fuera que las preguntas se atropearan en su boca, pero al muchacho no se le ocurría ninguna.

De ese modo caminaron en absoluto silencio recorriendo aquel camino de piedras negras. Cuando llevaban cerca de una hora, Voiz habló.

—¿Va a bajar usted conmigo?

—Sí, bajaré contigo. Tengo cosas que hacer.

—¿No lleva macuto?

Brimaj se mostró extrañado.

—¿Macuto? No lo necesito.

Voiz se quedó mirando a aquel hombre y no pudo reprimir la curiosidad.

—He leído historias sobre usted. ¿Recuerda usted un lugar llamado Itedia?

El hombre se detuvo y miró al muchacho con el rostro tenso.

—¿Qué sabes tú de Itedia?

—Na... nada —titubeó debido a la repentina tensión en su voz—. Solo lo que he leído en las historias. Que la habitaban los hombres de vidas cortas que se separaron de ustedes.

—Itedia fue el principio de la decadencia. Fue el destino de los hombres que se perdieron. Hombres que justificaban sus impulsivos actos en la cercanía de su muerte. No hay nada más peligroso que un hombre seguro de su muerte. Recuerda esto.

—¿Sigue existiendo Itedia?

—La última vez que la vi fue hace mucho tiempo, y aunque estaba deshabitada, aún existía. Los hombres de vidas cortas fueron trasladados a otro lugar. Un lugar donde estarían a salvo y donde no harían más daño.

—¿Y qué lugar es ese?

Brimaj se detuvo, y acto seguido se desvió del camino. Avanzó hacia un precipicio cercano y se subió a una roca. Desde allí podían ver el inicio del Lecho, el mar del Anillo, alrededor del cual se repartían los cinco reinos.

—Todo lo que ves. Les dimos un mar y los dejamos vivir en paz. ¿Qué crees que hay al otro lado de estas montañas? ¿O hacia el oeste de la tierra más occidental que conoces?

Voiz se acercó.

—Un desierto infinito. Lo llamamos el yermo.

—¿Y de verdad crees que no hay nada más allá? Que no hay más ríos, más mares, más bosques...

Voiz se encogió de hombros.

—El mundo que tú has vivido, es la cautividad de los hombres.

Un profundo silencio siguió a aquellas palabras. La idea de que hubiera algo más allá de las Montuosas, más allá de Neda, más allá de Dumca, era cuanto menos abrumadora. Fue Brimaj el que habló de nuevo.

—Pero tú eres diferente. Lo he notado desde el primer momento que te vi, y lo noto más ahora que te conozco.

—Ya le he dicho que soy un niño, no un hombre.

Brimaj negó con la cabeza.

—He recordado a los niños en estos dos días, y tú eres diferente. Hace miles de años que no veo un niño, pero estoy seguro, puedes creerme, que tú eres especial. Veo en ti algo que no veía desde hace muchísimo más tiempo.

—¿A qué se refiere?

El viejo guardó silencio.

—Esperaré a estar seguro antes de decirlo.

Voiz le dio vueltas a aquello durante muchos minutos. Siempre había pensado que él era diferente al resto de niños, al menos de los de su edad, y sin embargo siempre lo consideró algo normal. Algo que pensarían todos de sí mismos. Resultaba evidente que él era más maduro que los otros, pero aquello solo era un rasgo más. Otros serían más altos, otros más fuertes, otros más crueles.

Hasta que no se detuvieron al inicio de la inmensa ladera de nieve, Voiz había estado dándole vueltas a aquello. Cuando lo hicieron, Brimaj le habló.

—¿Cómo lograste llegar hasta aquí?

El muchacho no sabía a qué se refería.

—Caminando.

—¿Cómo sobreviviste a la noche?

—Me metí en uno de esos agujeros e hice un fuego.

El viejo asintió.

—Claro. Ningún hombre habría podido hacerlo.

Voiz pensó en Arlequín.

—Hay un hombre que lo ha logrado. Lo vi junto a su casa.

Brimaj arrugó la frente.

—Imposible. Ningún hombre podría.

—Pues él si ha podido.

Se quedó con ganas de preguntar a Brimaj sobre Arlequín, pero pensó que no era el momento. Se enfrentarían a una enorme distancia de descenso ininterrumpido. Un pequeño tropiezo y caerían hasta el fondo de aquella rampa. Sería una bajada rápida, pero seguramente mortal.

—¿De qué animal es ese hueso que llevas a la espalda?

Voiz se miró el cañón antes de responder.

—De trinco, señor.

—Lo que pensaba. Pues perfecto. Siéntate encima de él y agárrate a la correa.

—¿Perdón?

Brimaj expiró molesto.

—Que te sientes sobre él y te agarres a las correas. Intentaré mantenerte estable, pero has de poner algo de tu parte.

Voiz le hizo caso. No podía creerse lo que Brimaj parecía intentar.

—¿Y qué haremos cuando lleguemos a abaj...?

Antes de que terminara la frase una fuerza invisible lo empujó hacia la pendiente, y sin poder evitarlo, se precipitó por ella hacia el abismo.

No tardó en ganar velocidad. Al principio se asustó cuando su cuerpo se inclinó hacia un lado y creyó que caería, pero como Brimaj le había dicho, algo lo estabilizó de nuevo. Recuperó la verticalidad e intentó darle el menor trabajo posible a aquella fuerza misteriosa. El cañón se golpeó numerosas veces contra rocas y ramas, pero se mostró extraordinariamente resistente.

A cada metro su velocidad era mayor. El aire gélido le golpeaba la cara violentamente. El miedo, que al principio se apoderó de él, dio paso a una sensación de libertad brutal. Disfrutó del resto del descenso, hasta el terrorífico momento en que vio el final de la ladera.

Por puro instinto se inclinó hacia atrás, pero la fuerza lo recolocó verticalmente. Echó los pies hacia el suelo para intentar frenar, pero solo se hizo daño, pues la nieve cedía ante el roce de sus pies y cuando encontraba una roca, ésta golpeaba su talón violentamente, pero no lograba disminuir su velocidad.

Cuando apenas quedaban unos metros, y ya se preparaba para el golpe, el cañón se elevó por la parte delantera y frenó. La inercia comprimió las posaderas de Voiz contra el cañón, lo cual le hizo un daño considerable, pero nada de lo que no pudiera reponerse ni de lo que pudiera quejarse sin perder la dignidad.

Cuando recuperó la compostura levantó la vista y vio a Brimaj esperándolo erguido con dignidad.

—Sigamos —indicó el viejo.

Continuaron su camino por un lugar diferente al que Voiz había seguido. Atravesaron una amplia zona de afiladas rocas que resultó bastante cómoda. Poco a poco, tras varias horas de caminara, las rocas fueron convirtiéndose en irregulares paredes. Parecían estar introduciéndose en el corazón de la montaña cuando el corredor se abrió a un amplio balcón a cielo abierto. Ante ellos estaba el desfiladero de los trincos.

Desde allí tenían una amplia perspectiva del cañón y pudieron ver a un nutrido grupo de trincos descansando tranquilamente no muy lejos de ellos.

—¿Qué son esas criaturas, señor?

—Son trincos —se limitó a responder el viejo.

—Ya lo sé. Quería decir, que por qué sólo existen en este lugar.

Brimaj evocó algún recuerdo y su mirada se perdió unos segundos. Enseguida volvió a la realidad.

—El hombre que conoces no es el único ser en cautividad.

Voiz dirigió la vista hacia los trincos. El viejo añadió:

—Los trincos son una especie pacífica, pero por algún motivo se alteran con la presencia humana. En su momento pensé que ambas especies vivirían mejor separadas. Y así ha sido durante muchos años.

—Al menos dos de ellos llegaron hasta la frontera de mi pueblo.

Brimaj pareció extrañado.

—Habrán encontrado la forma de escapar. ¿Causaron muchos daños?

Voiz negó.

—Encontré al primero de ellos muerto. El otro me atacó, pero logré acabar con él.

Esta vez fue el viejo el que negó con un gesto de tristeza.

Descendieron hasta el fondo del desfiladero y cruzaron la llanura. Brimaj lo hacía caminando con calma. Voiz miraba hacia todos los lados, nervioso, esperando que en cualquier momento explotara una terrible estampida. Nada ocurrió y alcanzaron el otro lado.

—¿Por qué no han hecho nada?

El viejo se encogió de hombros.

—Yo los encerré aquí. Supongo que han aprendido.

Continuaron descendiendo. El complicado viaje que Voiz había emprendido ascendiendo la montaña parecía un juego de niños al lado de Brimaj. Había una considerable diferencia, pues él había tenido que avanzar cuesta arriba, lo cual era mucho más cansado, pero aún así, habían recorrido una distancia impresionante en apenas un día de viaje. Así y todo, el día llegó a su fin y el viejo, viendo el cansancio de su pequeño acompañante, propuso detenerse a descansar.

—Nos detendremos aquí. Hay una cueva bastante confortable por ahí.

Caminaron en la dirección que Brimaj señalaba y no tardaron en encontrarla. Voiz no podía ocultar su asombro ante su selectiva memoria. Apenas recordaba la existencia de los niños y sin embargo, podía recordar la existencia de una cueva en la ladera de aquella montaña.

Ya se encontraban dentro de la cueva, donde Brimaj encendió en apenas un suspiro una generosa hoguera cuando Voiz decidió romper el silencio y hacer una pregunta que llevaba deseando hacer desde que conoció al viejo.

—Señor, ¿conoce usted a algún arlequín?

Aquella pregunta pareció despertar la curiosidad de Brimaj.

—He conocido varios a lo largo de mi vida.

—Este es muy alto y... extraño.

El viejo había estado rasgando con la uña un pequeño trozo de madera. Lo dejó a un lado para centrar su atención en Voiz.

—Te contaré una historia que seguramente no habrás leído en los libros.

»Hace muchísimo tiempo, tanto que no podría hacer una estimación, había un arlequín que hacía las delicias de los reyes. Por aquel entonces, tres reyes dominaban todo el Anillo. El arlequín, conocido como Ris, viajaba de un reino a otro presentando su espectáculo. Su llegada a cada reino era un motivo de celebración y muchas gentes de los alrededores se juntaban en los dominios reales para contemplar sus representaciones. Ris era joven y pronto se vio a sí mismo amado, rico y deseado.

»Los reyes empezaron a pagarle cantidades mayores de las que pedía para que se mantuviese algo más de tiempo en sus tierras. Ris así lo hacía y prolongaba su estancia hasta que notaba que el monarca dejaba de aumentar sus pagos. Entonces se iba al siguiente reino y repetía el proceso.

»Pronto sus espectáculos comenzaron a ser de menor calidad. Mucha gente continuaba asistiendo debido a su popularidad, pero ya no disfrutaban como antes y en muchas ocasiones se convertía más en un acto social que cultural.

»Los reyes tampoco disfrutaban con sus números, sin embargo, retener al arlequín en sus tierras era un acto de poder sobre los otros dos que deseaban por encima de todo. Ris lo sabía, y fomentaba aquella rivalidad con intención de sacar beneficio. Al mismo tiempo, definía sus propias actuaciones como espectáculos que sólo la gente inteligente podría disfrutar. Mentía sobre las opiniones de los intelectuales de los otros reinos, y aquello provocaba que la nobleza que quería mantener el buen nombre asistía a sus números y aseguraba haber disfrutado de los mismos.

»Y entonces uno de los reinos entró en una complicada depresión económica. Los mercados de sus rivales eran mucho más prolíficos, y la corona se arruinó hasta niveles difíciles de admitir por parte del rey. Ris acudió al reino y a su llegada, los nobles lo celebraron como motivo de distracción sobre los acuciantes problemas económicos, pero el rey no podía pagar lo que el arlequín requería.

»En su primera noche de estancia, el monarca habló con el arlequín y le pidió que se quedara en su reino al menos una semana y que en cuanto se recuperase de aquel bache económico le pagaría aquellos días y muchos más.

»Ofendido ante la simple propuesta de aquel trato, arlequín se fue aquella misma noche y se negó a volver en los siguientes años. Desde los otros dos reinos le llegaron noticias sobre los acontecimientos ocurridos en su ausencia. La nobleza del reino culpaba al monarca de que Ris no volviera por allí. Éste a su vez, se justificaba diciendo que si pagaba al arlequín, su pueblo sufriría todavía más y tendría que renunciar a otros servicios que consideraba imprescindibles. La nobleza se rebeló contra el rey y tras varios meses de preparativos, intrigas e insubordinaciones, el rey acabó cayendo en un cruento complot que dividió a las distintas clases sociales del reino.

»Ris, desde la distancia, seguía al tanto de lo ocurrido y se vanaglorió de lo ocurrido consciente del poder que poseía.

»En el momento en que acudí a verlo, el arlequín representaba una canción en la que alababa su propia voz, la que todo el mundo escuchaba y la que todo el mundo amaba. Le dejé terminar la canción y acudí a hablar con él. Le ofrecí tres oportunidades para arrepentirse de lo ocurrido, y tres veces se negó.

»Como castigo, lo privé de las tres cosas que más amaba en el mundo. Su dinero, su hermosa voz y su popularidad. De la noche a la mañana, el oro de Ris desapareció. También lo hizo su voz. El arlequín se quedó mudo. Pero el verdadero castigo residió en la forma en que todos lo miraban. Lo condené con una maldición a la absoluta indiferencia. Desesperado, empezó a realizar verdaderas locuras. Acudía a las tabernas y se subía sobre la barra bailando descontroladamente, pero nadie le hacía caso. Lo tomaban como algo normal. Se paseaba desnudo, gritando por las calles más elegantes de las ciudades, pero nadie reparaba en él. Lo veían, lo esquivaban, pero nadie, absolutamente nadie, le dedicaba más que un instante de atención.

»Por último, para que definitivamente aprendiera lo condené a una vida eterna de indiferencia y silencio. Lo cierto es que fue uno de mis mejores trabajos.

Voiz guardó silencio, conmovido por aquella historia.

—Ris era muy alto —indicó Brimaj—. ¿Es ese tu arlequín?

Voiz asintió y el rostro del viejo se oscureció repentinamente.

—Fue el hombre que me acompañó en este viaje. Llegó hasta su casa.

Frunció los labios antes de responder.

—No es posible. Ningún hombre podría llegar hasta ella.

—¿Como está tan seguro? Le estoy diciendo que lo vi junto a su casa, cuando me expulsó esos dos días.

Brimaj guardó silencio y a partir de aquella noche su actitud fue diferente, más sombría.

Al día siguiente descendieron hasta la misma base de las Montuosas. Siguieron un camino indicado por el viejo, y cada obstáculo del camino era salvado con cuerdas y una gran ayuda de la

misteriosa fuerza de Brimaj. Fue una jornada, extraña. Voiz se mostraba indignado por la facilidad con la que el viejo solventaba los problemas que tantos quebraderos de cabeza le habían supuesto a él. Otras veces, le intrigaba el repentino cambio de actitud de su compañero. Otras sencillamente se maravillaba con aquel extraño poder.

Al alcanzar la base de la montaña, fue Voiz el que guió a Brimaj hacia Valvan. Él se lo había pedido, pero también le había indicado que sus caminos se separarían antes de entrar en la ciudad. El muchacho se sintió decaído. Estaba seguro de que durante mucho tiempo se arrepentiría de no haber sabido aprovechar el tiempo que había pasado con él, de hacerle miles de preguntas y de pedirle que le contara muchas más historias. Pero en aquel momento no sabía qué decir, cómo pedirle más información ni qué preguntas formular.

Elcanzaron un punto cercano a Valvan y Voiz se detuvo.

—Estamos a media hora de Valvan. Hacia el oeste.

Brimaj asintió con un gesto solemne y Voiz le ofreció la mano para que se la estrechara. Brimaj no lo hizo, sólo la empujó con suavidad hacia abajo rechazando con educación aquel gesto.

—Tengo que decirte algo, muchacho.

—¿De qué se trata?

—Desde el primer momento que te vi supe que eras especial. Te lo dije en su momento, pero conforme pasaba más tiempo a tu lado comencé a estar más seguro. Hasta el momento en que me convencí por completo.

Voiz tragó saliva. No sabía qué venía a continuación. Brimaj siguió hablando.

—La prueba de ello es el hecho de que hayas podido centrar tu atención en Ris. Cuando lo maldije me aseguré de que ningún hombre de vida corta, ya sea adulto, joven, niño, mujer o viejo, pudiera fijarse más de la cuenta en él. Incluí a todos los individuos, excepto a los hombres longevos más sabios, más viejos y más importantes de este mundo. Solo nosotros podíamos ver a Ris tal cual es, y sin embargo, tú lo has hecho también.

—¿Quiere decir eso que soy...?

Brimaj negó con la cabeza.

—No, niño. No eres un hombre longevo. Me he asegurado de ello durante estos días. No sé lo que eres, pero no eres uno de nosotros. Tampoco eres uno de ellos —añadió haciendo un gesto hacia el lugar donde se encontraba Valvan—. No puedo asegurarte mi amistad la próxima vez que nos veamos, por que desconozco en qué te vas a convertir. Pero creo que es mejor que lo sepas y tengas cuidado con ello.

Voiz no pudo articular ni una sola palabra. Quería pedirle ayuda a Brimaj. Consejo para que lo guiara. Su compañía. Pero no pudo hablar. Aún así, el viejo le dedicó un último consejo.

—Elige bien tus pasos, pequeño. Y asegúrate de estar conforme con los motivos que te llevan a tomar cada elección.

Sin decir nada más, Brimaj se dio media vuelta y se alejó de él, perdiéndose entre la espesura del bosque como un fantasma que nunca hubiera existido.

Valvan era diferente. Nada más acercarse por el camino de tierra ya advirtió las diferencias. Una serie de banderas y estandartes ondeaban presidiendo un enorme campamento a las afueras de la ciudad. La aglomeración de tiendas estaba totalmente ocupada por soldados, caballos y hombres con mucha prisa que caminaban de un lado para otro.

Aquí y allá, algunos hombres descansaban en torno a una hoguera sobre la que cocinaban algo. La actividad era intensa en el asentamiento.

Voiz tuvo cuidado de no dejarse ver e intentó pasar desapercibido. No quería levantar sospechas y tener que emplear una vez más su aspecto infantil para evitar problemas con aquel pequeño ejército. No después de todo lo que había vivido. Su único deseo era encontrar a Desus y contarle todo lo ocurrido. No podía esperar que ambas cosas ocurrieran al mismo tiempo.

—¡Eh! ¡Tú! Niño. No puedes estar aquí.

Tres guardias se acercaron hasta él y lo miraron de arriba a abajo. Debía presentar un aspecto lamentable después de todos aquellos días de viaje.

—Me he perdido en el bosque. Solo quiero ir con mi madre.

La voz de niño inocente no le salió todo lo bien que le hubiera gustado.

—Pods, acompáñale hasta las puertas del pueblo y vuelve de inmediato.

Pods asintió y cogió a Voiz de la mano, pero cuando lo vio más de cerca, se detuvo alarmado.

—¡Un momento! ¿Es eso un cañón de mensajero?

Los otros dos guardias se acercaron rápidamente hasta ellos.

—¿Cómo va a ser eso un cañón? Es blanco.

—¡Regístralo!

El que parecía estar al mando no parecía del todo convencido, pero aún así se quiso asegurar. Voiz no ofreció resistencia y no tardaron en encontrar su insignia del Memio.

Con más violencia de la necesaria, fue llevado a una tienda amplia y atado a uno de los dos postes centrales que la mantenían en pie. El grueso palo de madera estaba concienzudamente enterrado en el suelo. Resultaría inútil intentar tirarlo abajo.

No ardaron mucho. En apenas unos minutos, cuatro hombres entraron en la tienda. Conocía a dos de ellos. Uno era Desus y su sola presencia supuso un gran alivio para el muchacho. El otro era Miller Anduik, comandante del ejército de Castro Carlo, hermano de Belled Anduik, asesinado por Garrot.

—¡Voiz! —Desus estalló con una alegría que hizo sonreír al muchacho— Sabía que tenías que ser tú pero no me atrevía a creerlo. ¡Buenos ojos te vean! ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde has estado?

—Es una larga historia, Desus.

—No me digas que has estado siguiendo a ese personaje de cuentos. Algo más has tenido que hacer en todo este tiempo. ¡Espera! No me lo cuentes. Desatadlo, me lo contarás en el palacio. Tendrías que darte una ducha.

Uno de los soldados hizo un ademán de obedecer, pero uno de los hombres que habían entrado con Desus y Miller, de poblada barba negra le hizo un gesto para que no lo hiciera. El orador pareció ofendido.

—¡Desatadlo! No es más que un niño.

El hombre de barba miró a Desus sin mostrar ninguna expresión.

—Pero es un miembro del Memio. No puedo soltarlo.

—Vamos, Trevor —intervino Miller—. He seguido sus pasos. Ha abandonado Castro Carlo hace semanas. No está implicado.

A regañadientes, el hombre aceptó.

—Está bien. Desatadlo. Pero que no se vaya. Miller, confío en que lo interrogarás por si supiese algo nuevo.

Miller asintió y el hombre de barba salió de la tienda acompañado del otro. Varios soldados se quedaron en la estancia, pero se mantuvieron al margen. Voiz miró a los dos hombres extrañado mientras uno de los guardias lo desataba.

—¿Qué ocurre con el Memio? ¿Qué ha pasado?

Sabía que había estallado una guerra. Brimaj se lo dijo, pero no conocía los detalles de modo que resultaba más práctico simular que no sabía nada.

—Voiz —inició Desus—, ha estallado una guerra.

Miller extendió aquella información.

—Los apátridas se han organizado y han asaltado Castro Carlo. Los salvajes. Han recibido ayuda interna y por eso nos han cogido por sorpresa. Hubieran conseguido matar al rey si no llega a ser por tí.

—¿Por mí? —Voiz pensó que probablemente se estaría confundiendo.

—Sí —continuó Miller—, seguí tu investigación sobre los registros del Memio que mi hermano tenía en su habitación. Resultó que él estaba tras la pista de algo, y no me lo había contado. Consiguió robar unos registros del Memio para su investigación. Alguien se enteró. Alguien a quien no le interesaba que llegase al fondo del asunto, y ordenó matarlo.

»Belled estaba siguiendo la pista a multitud de mensajes enviados a un lugar llamado “Las Guervas”.

—¡Conozco ese nombre! Yo también lo vi en los registros.

Miller miró a Desus y ambos asintieron. Fue el ordador el que habló.

—Voiz, el Memio participó en la rebelión.

Aquella información alcanzó al muchacho como una inmensa ola de agua helada.

—¿Cómo?

Fue Miller quien respondió.

—“Las Guervas” era el nombre en clave del lugar donde los apátridas se preparaban para el ataque. El Memio mantenía en contacto a los infiltrados con el ejército, buscando el mejor momento para atacar. Los registradores no estaban al tanto de la conspiración pero registraban aquella actividad sin preguntar. Menarón se encargó de vigilar bien esos registros.

—¿Menarón? ¿Estaba implicado?

—Y Ragnor también.

Voiz tragó saliva.

—Ragnor Dorian fue uno de los perpetradores de la conspiración.

—No puede ser..

—Lo es. Huyó apenas un día antes de que estallara la guerra —comentó Miller.

—Y se aseguró de alejarte a ti también —apuntó Desus.

—Pero gracias a ti yo estaba investigando esos documentos, y conseguí información en el Memio. Ordené seguir a uno de los mensajeros que debían entregar un mensaje en “Las Guervas” y descubrimos el ejército.

—¿Y qué ocurrió en Castro Carlo? —Voiz pensó en sus amigos.

—Fue una masacre —respondió el comandante cabizbajo—. Poco pudimos hacer más que evacuar al rey de la ciudad y fortalecer las defensas. Muchos murieron en la batalla. Gentes valientes e inocentes que lucharon sin que fuera su deber. Otros se encerraron en sus casas, y se mantuvieron al

margen. Por lo que sabemos, la gente que no se ha enfrentado a los apátridas están a salvo, pero no pueden salir de Castro Carlo. Los apátridas se hicieron con la ciudad. Dominan el paso de Neda.

—El rey se aloja aquí, en Valvan —dijo Desus con un atisbo de orgullo en la voz.

Aquella frase recordó a Voiz que tenía un mensaje de Brimaj para él.

—Debo verlo —indicó.

Desus no comprendía.

—¿A quien?

—Al rey. Tengo un mensaje para él.

Miller bajó la mirada, meditó las palabras a utilizar y respondió.

—Verás, el Memio ha sido disuelto y todos sus privilegios revocados. Sus mensajeros son ahora traidores a la corona.

Voiz arrugó el ceño.

—¡Yo no lo soy!

—Lo sé, pero debes comprend...

Desus interrumpió al comandante.

—¡No! El muchacho tiene razón. Posiblemente sea el único mensajero que no ha sido implicado en la conspiración.

Miller se mostró molesto.

—¿Y qué sugieres? ¿Que el rey derogue la disolución de la orden por un solo miembro?

Voiz intervino.

—No es solo por un miembro. Si uno de sus miembros mantiene sus ideales, éstos seguirán vigentes.

—Al rey le agradecerá saber que uno de sus mensajeros se ha mantenido fiel a su mandato — indicó Desus.

—No se fiará de él —argumentó el comandante.

Desus miró a Voiz.

—¿De quien dices que es el mensaje?

—De Brimaj.

Voiz fue llevado a la presencia del rey. Como era de esperar, éste no se encontraba alojado en las incómodas tiendas del campamento. Le habían preparado uno de los palacios de la nobleza para que se instalara con comodidad. Aún así, pasaba la mayor parte de su tiempo en el palacio de gobierno, y allí recibió al muchacho.

—Me han informado que eres un joven mensajero. El más joven de cuantos se conocen —dijo el rey Roddoel.

Voiz asintió.

—Así es, alteza. Y por lo que parece, el más fiel también.

Roddoel gruñó ligeramente.

—Eso parece, sí. Me han dicho que traes un mensaje de un tal Brimaj. Como ya sabrás, el Memio ha sido disuelto. Aún así, la comunicación es importante. Especialmente en tiempos de guerras. De modo que te informo que contaré con tus servicios.

—Me gustaría proponer una condición a este trato, su alteza.

El rey pareció confuso. No estaba acostumbrado a recibir aquel tipo de impertinencias, pero la educación con que fue formulada le hizo gracia, y aceptó.

—Adelante.

—Quisiera que el Memio fuese restablecido. Por supuesto, todos sus miembros conspiradores expulsados y condenados. Pero creo que la orden es una útil herramienta de la corona y del reino si se

mantiene fiel a sus ideales. Quizá haya llegado el momento de renovar a sus miembros.

El rey estudió a Voiz detenidamente. Tal y como le ocurría a muchos, le sorprendía la forma de comportarse de un niño tan pequeño.

—Eres un niño atrevido. Inteligente, valiente y elocuente. Admitiré tu propuesta pues. Restableceré los privilegios y las funciones del Memio. Se refundirán las insignias y se considerarán enemigos de la corona aquellos que porten las antiguas insignias. Se refundará el Memio con un solo miembro: Voiz. Y se buscarán seguidores fieles a la corona que lo acompañen en su tarea.

Voiz hizo una reverencia de agradecimiento. Roddoel habló de nuevo.

—Y ahora entrégame ese mensaje del que me has hablado.

Casi lo había olvidado. Apoyó una rodilla en el suelo como tantas otras veces había hecho y llevó su cañón a su frente. Sacó el mensaje de Brimaj y se puso en pie para acercarse al monarca y entregárselo.

Allí, a apenas dos metros del rey contempló cómo lo desdoblaba, cómo lo leía en apenas tres segundos, cómo su cara se contraía en un indescriptible gesto de sorpresa, y cómo el pedazo de papel resbalaba de su mano y planeaba en el aire para posarse en el suelo con un escueto mensaje perfectamente visible boca arriba.

«Los viejos os vigilan de nuevo».

Voiz fue inmediatamente llevado a la casa de Desus y allí lo encerraron. Aguardó minutos que parecieron horas hasta que alguien abrió la puerta. El muchacho se levantó de golpe esperando recibir al orador y a punto estuvo de asaltarlo a preguntas cuando se dio cuenta de que no se trataba de él.

—¡Duco!

La sorpresa fue tan grande que tardó unos segundos en acercarse y abrazarlo.

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo me has encontrado? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Anso? ¿Y Nía?

El gemelo hizo un gesto de calma.

—Cada cosa a su tiempo, pequeño. Te he encontrado porque yo me entero de todo lo que ocurre a mi alrededor. A estas alturas ya deberías saberlo. Supe de un niño mensajero y me informé de dónde estabas. Y aquí estoy.

—¿Y Anso?

Entonces Voiz vio por primera vez la tristeza asomada en el rostro de Duco.

—La guerra nos separó. Acordamos fugarnos y reunirnos en la puerta sur para escapar con parte del ejército del rey. Yo fui capaz de salir, él no. Por lo que sé, aún sigue en Castro Carlo.

—¿Y Nía?

—La madre de Nía estaba trabajando de sirvienta de una mujer de alta cuna. La mujer salió de la ciudad unos días antes de la guerra y se llevó consigo a sus sirvientas, a la madre de Nía y a la propia Nía.

—¿Vinieron a Valvan?

—No. Dicen que eran conspiradores. Fueron al este. A Neda.

Una guerra los separaba ahora de ella. Al menos tenía bastantes probabilidades de encontrarse bien. Por alguna razón, aquello no lo consolaba.

—¿Qué vas a hacer ahora, Voiz?

—Estoy al servicio del rey. Soy el único mensajero que aún es fiel a la corona.

—¿Y Alan?

—Seguramente también lo sea. Igual que muchos otros, pero están muy lejos de aquí. El primer paso para juntarlos de nuevo es que se restablezca el Memio, y eso ya lo he conseguido. ¿Tú qué harás?

—Tengo que encontrar a Anso.

Voiz contrajo el gesto.

—Es muy peligroso. Hay dos ejércitos entre nosotros y Castro Carlo.

—Hay otra forma de llegar a Castro Carlo.

El gesto de incompreensión de Voiz fue suficiente respuesta. Duco se lo aclaró.

—Dar la vuelta al Anillo.

Duco se marchó de allí un rato después. Su idea era recorrer todo el mundo conocido para reencontrarse con su hermano. Aquella idea era una locura tal que resultaba evidente que salía de Duco. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más atractiva le resultaba a Voiz. Sí, serían varios meses de viaje atravesando tierras desconocidas y agitadas ante la presencia de aquella guerra en el norte, y sin embargo, pocas cosas le importaban más en aquel momento que reencontrarse con sus amigos.

Desus acudió junto a él aquella noche.

—El rey ya ha pensado cual será tu primera tarea. Te enviará hacia Rausvan con noticias y órdenes para su ejército presente en la ciudad. He intentado disuadirlo. Es muy peligroso, pero le has impresionado tanto que no aceptará que lo haga otro.

—Está bien, Desus. Es lo que se debe hacer.

—¿Te encuentras bien?

Voiz miró al orador y dudó si contarle la verdad.

—Desus, Brimaj existe. He hablado con él. Todas sus historias son reales.

El rostro de Voiz debió reflejar tal seriedad que no se atrevió a contradecirle y por primera vez, pareció creerle con respecto a ese tema.

—Será mejor que descanses, pequeño. El rey espera que mañana partas hacia el este.

—Gracias, Desus. Por todo.

Se fundieron en un profundo abrazo. El orador sonrió y salió de la habitación.

Voiz preparaba su cama para echarse a dormir cuando escuchó un ruido en la estancia. Algo asustado se acercó al lugar donde lo había oído. Estaba a punto de descartar aquellos pensamientos cuando una figura surgió de entre las sombras.

Era Duco de nuevo.

—Así que mañana partirás hacia el este, ¿no?

Parecía molesto.

—Eso parece. Órdenes del rey.

La ira se esfumó y dio paso a la pena.

—Pensé que me acompañarías.

—Ojalá pudiera, Duco. Ojalá nada de esto me afectara a mi. Pero soy un mensajero, ¿recuerdas?
Con todas las consecuencias.

Ambos guardaron silencio. Entonces Duco levantó la cabeza.

—¿El Memio ha sido restablecido?

Voiz asintió. Duco sonrió.

—¿Y la patraña esa de su lema, no? Sus ideales y todo eso.

Algo molesto, el mensajero asintió.

Entonces Duco pareció volverse loco. Empezó a revolver toda la estancia buscando algo como un desesperado. Salió de la estancia y continuó buscando en la habitación y por los alrededores. Al cabo de un par de minutos volvió ante la curiosa mirada de Voiz. Le tendió un trozo de papel.

—Ten.

—¿Qué es esto? —preguntó Voiz cogiéndolo.

—Un mensaje para Nía.

El mensajero sonrió.

—*Proteger y entregar el mensaje por encima de todo* —recitó recordando los preceptos del Memio.

El gemelo buscó algo en sus bolsillos.

—*No leer su contenido. Ser neutral.*

Duco encontró lo que buscaba. Un doblín de plata. Se lo entregó a Voiz, que continuó recitando.

—*Solo el dinero paga al mensajero.*

Y tras cada palabra, su convicción era mayor. Se sentía liberado y agradecido.

—*No aceptar un encargo sin poner fin a otro.*

Ganó confianza y supo que hacía lo correcto.

—*No hay cliente pequeño. No hay entrega imposible.*

Duco pareció perder la paciencia.

—*¡Vamos! No me soltarás ese sermón entero, ¿no?*

Voiz respondió con el último precepto.

—*Cumplir esa deuda es el honor del mensajero.*

FIN